

Conversando sobre la tierra

—Envío de la autora—

Voy a conversar con ustedes sobre un asunto que en la corteza no parece tener carácter femenino, pero que, en la entraña, es estrictamente familiar. Voy a hablarles sobre las relaciones de la mujer con la tierra y sobre la voluntad de conservación que une a ambas.

Cada uno de los países nuestros, sea Perú o Cuba tienen en este momento pendiente encima, como la espada de Damocles, el problema de la enajenación del suelo, de su pérdida lenta y sorda. Países pobres de capital, asistidos de una industria siete-mesina, ahí están los veintiuno pidiendo al extranjero que les visite y enumerándole como una letanía de vendedor o *camelot*, sus minas, sus petróleos, sus gomales. El extranjero va a vernos y, ya sea norteamericano o inglés, toma el radio más ancho posible para garantizar su inversión; se establece con mucho desahogo y toma actitudes de poseedor definitivo.

Siguiendo la lógica de los negocios, tienen perfecta razón los hombres de negocios nuestros al invitarlos, y ellos la tienen también al instalarse regaladamente.

Pero sucede que entre los intereses de los capitalistas criollos y los intereses de los capitalistas extraños, desarrolla su vida entera la masa de un pueblo que no verifica estos arreglos y que sólo los padece, masa que constituye el cuerpo del país, es decir, la carne de la patria; y que, no habiendo comprado ni vendido, debe sufrir las consecuencias enteras de la terrible operación. En cierta manera yo hablo por esa masa a la que pertenezco en cuanto a persona sin tierra pero que forma parte de una tierra, en nombre de esa masa a la cual le ocurre la desgracia de que se despierta un día sabiendo que su provincia dejó de ser cubana, chilena o venezolana, sin que ella supiese el cómo ni el cuándo de su desgracia.

Acontece algo más grave todavía a esta masa inocente e ignorante y es el que no ha dado ninguna importancia al problema del suelo a causa de que la raza española fue antiagraria o por lo menos a-graria y de que la raza hispanoamericana que la continuó, no tiene como el francés o el italiano la pasión agrícola ni siquiera al gusto del logro económico.

En nuestro tiempo se confeccionan mapas para todo y sería bueno que los amigos de la estadística gráfica se pusieran a hacernos un mapa de que necesita urgentemente esa masa sacrificada a causa de su ignorancia: el mapa de la propiedad nativa y de la extranjera gracias al cual ella podría saber cuantas hectáreas de tierra forman el predio común y cuánto se ha enajenado. Yo creo que el conocimiento de un gráfico semejante levantaría el clamor popular, porque el pueblo tiene instintivamente el concepto de la realidad: él sabe que la patria es un suelo entero y no un suelo compartido a tercios y él entiende perfectamente que poseer es más que sufragar eligiendo legisladores.



Aunque la verdad que voy a exponerles sea siempre como las de Perogrullo, yo la escardaré esponjándola y se las mostraré minuciosamente, con minucia mujeril. Las mujeres no servimos sino para repetir los lugares comunes en el momento en que ellos comienzan a ser olvidados por los hombres.

La tierra es el sostén de todas las cosas y no hemos creado todavía otra mesa que soporte nuestros bienes. Las cosas visibles y las invisibles descansan sobre ella, desde la más pesada, como el metal vulgar que es el hierro, hasta la fina como la canción regional; la santa nutridora hace salir de ella lo mismo el clásico café que el pensamiento de Hostos. La tierra es la posibilidad de todos los bienes, porque el mar no sirve sino como camino entre los pedazos de ella y viene a ser una especie de hermoso criado terrestre.

Los hombres tenemos que decir al revés de San Juan el Evangelista: "En el comienzo era la tierra" y no "En el comienzo era el Verbo", porque la última forma es la divina.

Si poseemos legislación sabia, si hemos logrado una costumbre limpia, si podemos lucir artes y habilidades, todo eso lo creamos gracias al soporte inicial de la mucha o de la poca tierra. Donde ella está delante de nosotros, extendida y generosa, nos excita y nos empuja, y la vamos poblando de las plantas que le faltan, de las bestias serviciales, de los pueblos, y, al final, de las culturas.

Mientras la tierra es nuestra, existen todas las posibilidades, porque la creación tiene donde asentar los pies. Que la administración sea mala en tal época, no importa; se mejorará. Que la educación ande a tumbos, importa más, pero se puede fortalecer en la primera ocasión. Que el servicio social no baste, tampoco es cosa de muerte: se le irá volviendo suficiente. Pero venga la pérdida del suelo; cambie de dueño la mina que alimenta a una ciudad; pasen definitivamente el cafetal y los cafetales a manos lejanas; váyanos el depósito de salitre de nuestro poder; en una palabra, córrasenos debajo de las plantas el territorio como una bandeja, y se han acabado con

la realidad de la tierra defectuosa, pero susceptible de orden, todas las posibilidades de hacerla perfecta.

Las que llamamos pérdidas o conflictos o problemas son pequeñeces mientras la tierra permanece nuestra. La única tragedia verdadera es su enajenamiento. Cuando esto ocurre, hay que decir, parodiando a San Juan: "Hacia el fin la tierra no era nuestra".

Las gentes superficiales que suelen tener pujos de espirituales, creen que las cosas humanas y divinas se hallan contenidas exclusivamente en el hombre y que basta él solo para sostenerlas. Estiman que a la religión, por ejemplo, le basta el libro que la explica y el pecho que la reza: consideran que a una lengua le basta una literatura magistral y que no importa el que la hable mal el pueblo; porfían que la costumbre subsiste entre las costumbres extranjeras y todo esto es un amasijo de inexactitudes.

Desde que Dios sopló alma sobre el barro de Adán y puso ese cuerpo animado en un jardín, se fijó la alianza perdurable del alma, cuerpo y suelo. El alma pide el cuerpo para manifestarse y el cuerpo necesita de la tierra para que ella le sea una especie de cuerpo mayor que la exprese a su vez y que le obedezca los gustos y las maneras.

La tierra contiene nuestros ademanes y recibe nuestros gestos en la ordenación que le imponemos. Qúitenle el ingenio al campesino que en su vida no ha desarrollado sino el ademán de cortar caña; arrásenle al viñatero de mi valle de Elqui la viña que poda, que riega y vendimia, y se quedará como un demente sin saber qué hacer de sí por un largo tiempo. Más tarde aprenderá el menester nuevo que le traigan, pero si ese menester resulta tan lejano de su placer como de su aptitud, el alma no se soldará con él, y se morirá como el peón de viña al que le robaron en la parra la vida.

No se trata solamente de campesinos. El peón mueve y remueve el suelo; los demás que cruzan el ingenio o el viñedo pueden no haber cortado nunca un sarmiento; pero participan de ese paisaje tanto como el hombre doblado encima de la cepa, sacando de él y poniendo en él, imaginaciones y sentimientos de los que apenas se da cuenta.

El extraño, ya lo sé, no va a aniquilar el cultivo sino a cambiarlo sólomente y tal vez con más ganancia para la comunidad. Digamos que a crear otro orden. Yo he visto hacer estas rectificaciones con la vegetación de pino y encina en la tierra de Francia y he asistido al enloquecimiento que la pura hazaña material traía a la vida moral. Y es que el buen orden del extraño puede ser el desorden y la muerte nuestra, y es que es la cosa más natural del mundo que al extraño le importe menos que al semejante el que nos enloquezcamos.

Lo que llaman la costumbre significa un ritmo de vida y parece que no tuviera mucha importancia que una melodía del hábito se vuelva más rápida o más lenta o que sen-